

[PARÍS,] DOMINGO 22 DE SEPTIEMBRE

Trabajar, tener ocupaciones, obligaciones, es —mientras no se abuse de ello, mientras no sea una droga— un excelente remedio contra la ansiedad. Dejé París, hace diez días, angustiada; la semana en Madrid, trabajando y buscando piso, me ha puesto de excelente humor. Ahora ya estoy, en espíritu, en Madrid, aunque físicamente esté todavía —por un mes más— en París. Pienso con ilusión en el piso que he encontrado [en el barrio de Arturo Soria], en la terracita donde podremos desayunar los domingos al sol en invierno, en las plantas que colocaré, en el espacio del que dispondremos —por fin un poco de orden, imposible de mantener en un piso tan pequeño como éste—, en la habitación para invitados, en tener una mesa digna de tal nombre —cosa que nunca hemos tenido— para poder invitar a los amigos a cenar; pienso en quién vendrá a vernos, pienso en lo maravilloso que será, tres o cuatro meses al año, nadar media hora o tres cuartos en la piscina al volver del trabajo...

¿Iremos a Colombia, a la boda de Jean-Claude? Todavía no sabemos si encontraremos billetes a un precio razonable.

¿Me quedará embarazada?

¿Cuándo terminaré la novela [*Último domingo en Londres*]? ¿Qué destino le espera?

¿Seré de los elegidos para pasar un mes en el castillo escocés de Hawthornden?

¿Me saldrá bien el proyecto de ese programa de libros para la televisión?...

Tengo unas ganas feroces de trabajar muchísimo este año. Entre otras cosas porque me está empezando a poner incómoda que E. vaya a ganar tanto dinero: no quiero dejarme llevar por la facilidad, por la pereza, por el «para qué voy a pasarme diez horas traduciendo, si lo que yo podría ganar, lo gana E. mucho más fácilmente, y no necesitamos mucho más». Por el contrario, que él gane dinero me tiene que servir de estímulo. No digo que ganar dinero sea mi principal motor profesional, pero sí quiero

—y en estos momentos estoy muy lejos de ello— explotar mis posibilidades, explorarlas, avanzar, llegar casi al límite; no quiero pasar por la vida sigilosamente, como una espectadora. Me molesta, por ejemplo, que el agente inmobiliario con quien traté el tema del piso me llamara «señora K.» —el piso me lo enseñó a mí, y yo le había dado mi nombre; y, por separado, más tarde, el de E.— y que declinara sin más mi ofrecimiento de darle mis datos laborales y bancarios, para interesarse únicamente por los de E. Pero es evidente que no me puedo quejar, porque el machismo del caballero en cuestión no se equivoca: acierta al dar por supuesto que mi marido gana mucho más que yo, y que el piso lo podemos alquilar gracias a él y su empresa, no gracias a mí y a la mía.

Detesto la típica actitud femenina de no actuar, de rehuir las responsabilidades y quejarse interminablemente. Debo reconocer (y esto tengo que analizarlo) que lo «típicamente femenino» me exaspera la mayoría de las veces. Mi ensalzamiento, en la época feminista, de la feminidad, las mujeres, etcétera, me parece que era falso de medio a medio, que encubría aversión y desprecio. Aunque es verdad que las mujeres pueden inspirarme una simpatía, una ternura muy especiales.

[...]

El jueves tuve la última sesión con la doctora R. (o «señora A.», tal y como se presentó un día que me llamó por teléfono, cosa que tuvo el don de enfurecerme...).

Es tan bonito, tan acogedor su despacho, con el escritorio y la silla de madera oscura barnizada, cajones con tiradores de metal dorado, apagado su brillo por los años, el barco en la botella, la bandeja dorada redonda —de esas bandejas árabes para el té— en el suelo con un jarrón y un ramo de flores, y en el centro del techo algo circular, abombado, de cristales de colores, con un gozne, que no sé muy bien qué es, pero que a fuerza de tener puestos en él los ojos cuando estoy echada en el diván, me sé de memoria... y esa ventana que da a un vago patio, amplio y silencioso, de ese color gris perla que tiene París, y al cielo también gris perla, sereno... Esto es la feminidad: algo bonito, cálido, acogedor... pero yo no sé cuál es mi lugar respecto a eso. ¿Me reconozco en ello, pienso «yo también soy así»? No mucho. ¿Soy entonces el que viene de fuera y es acogido con cariño? Tampoco es así como me veo.

Hice balance de nuestra relación: el «amor a primera vista» la primera vez que fui a verla, antes del verano pasado, y salí hipnotizada, amándola con toda mi alma, como si algo que está dentro de mí, muy enterrado, como congelado, fuera por fin a salir afuera, a fundirse, a vivir, a ser acogido y comprendido y respondido... Luego, en cuanto empezamos las sesiones, la desilusión, la hostilidad, cerrarme a cal y canto, no querer escucharla, descalificar sus palabras, enfurecerme contra su autoridad; como si eso que está enterrado estuviera no sólo muerto, sino frío y duro como una piedra. Finalmente, estos últimos meses, una mayor serenidad; recuerdo algunas interpretaciones memorables, que fui capaz de asimilar.

Los primeros años de psicoanálisis [en Barcelona] me habían resultado una liberación tremenda; a medida que desaparecían las trabas me iba sintiendo libre, fuerte, sólida y poderosa: era casi como la poción mágica... Este año no ha sido ni mucho menos tan embriagador; al contrario: ha sido arduo, difícil... Dos motivos, creo: al tratarse de una mujer, no me he entregado a ella, no he confiado en su autoridad y en su sabiduría, sino que he desconfiado, he sido arisca. Y, por otra parte, he empezado a topar con esas actitudes pueriles —aunque veo a mi alrededor mucha gente que con cuarenta, cincuenta o sesenta años se obstina en ellas— que frenan el análisis, la madurez, el

crecimiento. Uno, en el fondo, quiere seguir siendo niño e irresponsable, quiere poder enfurecerse y echarle la culpa a los demás de que la realidad no sea la que uno quiere, o negar los propios sentimientos, negar la realidad, escurrir el bulto, hacer la política del avestruz, pasar de una euforia estúpida a una depresión chillona y exagerada...

Cuando empecé con el análisis, en Barcelona —por la misma época empecé la relación con E. y entré a trabajar en la editorial; tres hombres: E., el psicoanalista y el señor *Canyelles*, que para mí representaban los mismos valores: inteligencia, serenidad, energía, ambición... y que además se parecían físicamente—, rompí definitivamente con el ideal femenino que había recibido; renegué de esos valores que me parecían todos negativos. Lo malo es que no salvé nada, y sigo sin saber qué podría salvar, o dónde encontrar otro modelo de feminidad. La feminidad como algo gozoso, creativo, hermoso, no sé en qué consiste.

En cuanto llegue a Madrid me busco otra psicoanalista. Está claro que tengo material como para continuar unos cuantos años más.

